

EN TORNO A LOS MARFILES
Y A LOS VERSOS
QUE ILUSTRAN LA VIDA DE
SAN MILLÁN DE LA COGOLLA

Ciriaco PEDROSA IZARRA

La arqueta en que fue colocado el cuerpo de San Millán hace nueve siglos, ha sido objeto de estudio por parte de los historiadores del arte en general y de las artes ornamentales en especial; no lo fue por los de la Literatura. Quizá por su escasísima relación con ella, pero me percaté que no es nula cuando veo enlazadas ambas materias en un mismo trabajo de reciente aparición, *Marfiles de San Millán de la Cogolla*, de fray Joaquín Peña.

El propósito del librito así titulado, pertenece a la historia del arte, y bastantes de sus aportaciones son rectificaciones a datos hasta ahora considerados definitivos. La parte literaria juega un papel complementario y casi de adorno; su autor no le concede aquí otro valor. Personalmente creo que sí lo tiene, y también alguna rectificación que hacer en él. Además estos *Marfiles* me han provocado, con la fuerza de un aglutinante, el deseo de contribuir con alguna aportación a la egregia figura de Gonzalo de Berceo, al tiempo que trazar una crítica constructiva en torno a este libro que corre peligro de pasar semi-inadvertido y, sin embargo, debiera servir de despertador a ulteriores estudios (o estudiosos) riojanos, españoles o extranjeros.

CORRECCIONES HISTÓRICAS.—El arca en que reposan actualmente los milagrosos venerados restos de San Millán, construida en 1944 en los talleres de Félix Granda, es la meta de todo un suceder de peripecias. A ella se reintegraron los marfiles que quedaban de la primitiva. La invasión napoleónica y otros despojos ocurridos durante la República en 1931, desvalijaron la arqueta totalmente. Felizmente el cuerpo del santo monje habíase puesto a salvo por los religiosos del convento. Los marfiles parcialmente recuperados, embellecen el arca actual y la de San Felices, cuya arca-relicario había sufrido peripecias similares a la de San Millán.

Siguiendo el corto estudio histórico que de las arquetas hace el P. Peña, surgen las siguientes enmiendas, necesarias para poseer la verdad sobre los hechos:

La arqueta de San Millán fue construida por el abad Blas en 1067, no por los reyes don Sancho y doña Placencia —como afirman Sandoval, Moret y Mecolaeta— ni diez años más tarde, como quiere probar José Ferrándiz.

Otros errores de menor monta se han producido por deficiente lectura o interpretación de las inscripciones de los marfiles, causando, tanto unos como otros, que la inscripción nueva que ahora encabeza uno de los lados de la actual arqueta, contenga esas mismas equivocaciones en alguna manera (aparte de solecismos latinos también citados y corregidos por el P. Peña).

Según la aludida actual inscripción, resumen de la historia de la arqueta hasta nuestros días, fue don Sancho el Mayor de Navarra quien asistió a la solemne ceremonia de la colocación del cuerpo del santo dentro del arca. Pero dicho rey había fallecido lo más tarde en 1037; luego no pudo estar presente en el 1076, como señala la inscripción siguiendo a Ferrandis, en disconformidad con la otra fecha demostrada más arriba por el P. Peña. Sancho el Mayor presidió en 1030 la colocación de las santas reliquias en un arca de plata, donde habrían de descansar en tanto se les construía un receptáculo de mayor calidad y a la altura de la devoción profesada al santo en aquellos señoríos. Cuando aquél se hubo concluido, quien asistió a la ceremonia fue don Sancho el de Peñalén, según afirma el P. Peña.

Tampoco fue el 10 de julio de 1944, el del traslado de los restos mortales desde la antigua arqueta a la actual, sino el 10 de junio de ese mismo año.

Pero la equivocación que más impresiona al autor de *Los Marfiles*, produciéndole incluso cierto enojo, es la afirmación de Pijoan achacando a los monjes decimonónicos de San Millán de Yuso la desaparición de los marfiles que resistieron a la horda francesa. Precisamente, los miembros dispersos de la comunidad benedictina, que venían secularmente regentando el monasterio, al regresar, repusieron “algunos fragmentos que se han podido recoger de los que anteriormente tenía el arca”, según documento extendido por el licenciado don Manuel A. M. del Cerro el día 9 de octubre de 1817.

No cabe duda que una afirmación basada en hipótesis no demos-

trada, puede llegar hasta producir el efecto de una acusación injusta, y es base falsa para posteriores investigaciones. Asimismo, seguir a otros autores sin suficiente labor crítica o sin comprobar datos fundamentales, o precipitarse en la lectura de documentos, es exponerse a engendrar monstruos históricos, al menos a crear consecuencias tan perniciosas como las anteriormente aludidas.

El P. Peña atribuye a erróneas lecturas de inscripciones o a seguir indiscutidamente autores pasados (por ejemplo Kingsley, Porter, Ferrandis al obispo Sandoval), la causa de los errores por él corregidos. No lo manifiesta explícitamente, pero se deduce inevitablemente de los casos citados y del método empleado para refutarlos y llegar a la verdad en cada caso.

Vista así la situación y ambiente que envuelve el trabajo acerca de los marfiles del monasterio de San Millán, realizado por fray Joaquín Peña, piensa uno que puede convertirse en arma de dos filos. La brevedad y concisión del librito, la ausencia de bibliografía y lo incompleto de las citas, hacen temer que nuestro autor pueda incurrir en algunos de los fallos de investigación arriba vituperados. Así lo insinué en mi recensión de la obra (1) cuando sugería una nueva edición en la que se llenasen las lagunas propias de quien por modestia o apremio de índole material, no ha considerado necesario un matiz erudito. No obstante, si esos hallazgos y correcciones son ciertos, por lo mismo que deshacen otros hasta ahora indiscutidos, debe recurrirse a la demostración con todo el rigor científico preciso; aparte de que sólo así podrán tomarse en cuenta para posteriores investigaciones. Y para los amantes de San Millán, de Berceo, de la Rioja, de la orden benedictina, constituirá un placer ya iniciado con la aparición de este bosquejo.

DON GONZALO, POETA EPICO, NO LIRICO.—Las plaquetas marfileñas aparecen una a una, por página, en la segunda mitad del librito. El tamaño no es excepcional, pero sí el suficiente para que puedan apreciarse las figuras con el detalle de las facciones y los pliegues de las ropas; para que puedan leerse las inscripciones que ilustran cada escena; para que se pueda gozar del encanto románico de los alto relieves, y de la gracia anecdótica y la fe sincera de cada cuadro.

Se han impreso utilizando fotograbados, sistema más económico

(1) "Literatura hoy. SAN MILLAN Y SUS MARFILES. ARTE Y LITERATURA". En "Nueva Rioja". Logroño, 16 de julio de 1969.

para pequeñas tiradas, pero menos claro y mucho menos preciso en la impresión que el offset, método éste que añade a la exactitud de la reproducción un precio similar para tiradas relativamente voluminosas; el único —de estos dos— que se emplea para hacer llegar a distancia las obras de arte, cuyo valor radica precisamente en lo visual.

Un acierto de esta edición lo constituye el haber utilizado fragmentos de *La vida de San Millán de la Cogolla*, según Gonzalo de Berceo. Colocadas las ebúrneas plaquetas en orden cronológico, las estrofas de “don Gonzalvo” con similar asunto se suceden explicándonos con el candor iluminado y sentido de la armonía su milagroso contenido plástico. La vista y el oído, y el espíritu, todo se recrea al mismo tiempo. Esta segunda parte, puede integrar por sí sola una edición especial, en la que se hermanen las dos artes, añadiendo breves explicaciones acerca de las estrofas necesariamente omitidas aquí, y sobre todo ampliando los grabados y enriqueciendo el volumen en presentación tipográfica y de encuadernación.

Los tetrástrofos han sido cuidados, y nuestro español medieval culto aparece en su integridad; no habría estado de más indicar el códice o edición utilizados para la transcripción.

El P. Peña introduce las estrofas de la “Estoria del Señor Sant Millán” con unos apuntes biográficos y literarios de Gonzalo de Berceo. En ellos asegura que el maestro del mester de clerecía sacó su *Vida de San Millán* de la redactada anteriormente por San Braulio en latín. Aquí me permito disentir. Berceo conoció los marfiles, y quizá, no es seguro, leyó el *Liber de vita Sancti Aemiliani* brauliano. Planteemos el asunto desde otro lado.

Las refutaciones históricas de *Los marfiles* se apoyan generalmente en los estudios de fray Plácido Romero, archivero que fue del monasterio de Yuso. Pues el mismo fray Plácido Romero facilitó a Sánchez datos y algún trabajo sobre Gonzalo de Berceo. Menéndez y Pelayo cita a Sánchez como autoridad indudable al estudiar la vida de San Millán, de Berceo. Según Sánchez, y Menéndez y Pelayo lo ratifica demostrándolo, “Berceo no se aparta de él (San Braulio) en las circunstancias de la vida del santo, ni en el número, orden y sustancia de sus milagros, pero sí en la geografía que está transportada a la Rioja, con todo género de circunstancias locales”. (2) Interrumpo la cita por-

(2) M. Menéndez Pelayo: *Historia de la poesía castellana*. Madrid, 1911-13. T. I, pág. 181, nota 2.

que ésta contradice la afirmación del P. Peña: “Nació don Gonzalo en los mismos lugares citados por San Braulio” (3).

Don Marcelino continúa argumentando que Berceo no era capaz por sí solo de inventar esos lugares riojanos; prueba de la fidelidad del poeta a cuanto conocía por otros escritos son las innumerables veces —de todos conocidas— en que se excusa de no poder dar seguridad sobre tal o cual detalle por no haberlo hallado en alguna de sus lecturas. De ahí deduce el gran polígrafo santanderino: “Lo verosímil es pues que Berceo se valiese de una vida latina fundada en la de San Braulio, pero que ya había sido refundida y ampliada en el monasterio de San Millán de la Cogolla” (4).

Los trabajos en torno a Berceo abundan, relativamente sólo, incluso entre investigadores extranjeros. Pero sobre su obra específica *Vida de San Millán*, apenas existe algún que otro; y a partir de don Marcelino, los artículos aparecidos en revistas estudiosas, no tocan, que yo sepa, este problema, de la escasa veintena que suman en total (5).

Sin embargo, hechas estas correcciones y alguna más, el esfuerzo y publicación de fray Joaquín Peña merece solamente alabanzas y apoyo para ulteriores ediciones o aplicaciones.

En torno a don Gonzalo de Berceo, hay otra confusión —no por cierto en *Los marfiles*— bastante común refiriéndose a él y a otros poetas de su género; se los denomina poetas líricos. Berceo no lo fue; al menos que demos al vocablo “lírico” un sentido no literario. Si llamamos lírico al sentimiento humano, al mundo psicológico de la intimidad afectiva, y a cuantos lo sienten y lo dejan traslucir; líricas son cuantas personas tienen un mínimo de sensibilidad afectiva y lo dan a entender en sus reacciones vitales, más o menos comunes, más o menos sociales. Pero en el mundo poético o de la belleza manifestada, transmitida, a través de la palabra, el término “lírico” posee un campo más restringido y universalmente admitido, que podría concentrarse en esta definición: expresión directa del mundo interior del sentimiento.

(3) Joaquín Peña, O. A. R.: *Marfiles de San Millán de la Cogolla*. Logroño, 1969. P. 32.

(4) M. Menéndez y Pelayo: *Ibid.* P. 182, nota anterior.

(5) V. obras bibliográficas de J. Simón Díaz; Juan Hurtado: *H.^a de la literatura española*, etc.

(A este respecto las palabras de Coll y Vehí (6) me parecen las más aclaradoras para nuestro propósito: “Llámase lírica (subjctiva) la poesía en que el poeta expresa de un modo lleno de admiración el estado interior de su alma, sus impresiones, sus ideas, sus reflexiones y los afectos más dulces, así como las más violentas pasiones de su corazón”. Y más adelante, después de definir la épica como narración de hechos, y la dramática como representación de una acción, añade: “el poema lírico no se propone otro fin que el de expresar una situación de alma, transmitiendo vivamente el afecto”). E innecesario resulta citar otros preceptistas (Lapesa, Tamayo Rubio, W. Kaiser, Sáinz de Robles) o a poetas, ensayistas, profesores (Dámaso Alonso, Amado Alonso, Bousoño, Reyes, Maritain, etc., etc.).

Berceo, a través de sus narraciones —éstas son fundamentalmente sus obras literarias, materia poético-épica— deja entrever a trozos el fondo impresionable de su rica sensibilidad, sus amores marianos, su devoción religiosa, su afán apostólico y todas sus virtudes personales. Estrofas y aun pasajes de sus biografías y descripciones, pueden catalogarse como estrofas y pasajes líricos, pero la totalidad de sus obras y el conjunto de su obra poética (sentido amplio y tradicional de la palabra) es narrativo, inspirado pero con la inspiración propia de quien cuenta, no de quien se detiene abriendo su corazón y limitándose a su mundo interior. Esto no significa disminución de valores ni de categoría. Inspiración poética se necesita para la épica —“la narrativa” que hoy se dice—, la dramática y cualquier género literario, como para la lírica. Poeta fue Gonzalo de Berceo, y poeta de altura. Su mérito no disminuye, pero tampoco el afecto regional o partidista nos lleve a tomar una categoría por otra, creyéndola superior, porque además sólo es diferente. Tomemos la apropiada, y dentro de ella otorguémosle la altura que le corresponde.

El mismo Menéndez y Pelayo, tan exacto en sus juicios y aprecia-

(6) Coll y Vehí: *Elementos de literatura*. Madrid, 1859. Págs. 153 a 158.
Rafael Lapesa: *Introducción a los estudios literarios*. Salamanca, 1964. Capítulo XVII.

Amado Alonso: *Materia y forma en poesía*. Madrid, 1955. Págs. 23 y 33.
J. Tamayo y Rubio: *Teoría y técnica de la literatura*. Madrid, 1940. Capítulo XXIV.

Wolfgang Kaiser: *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Madrid, 1954. Págs. 17 a 25.

F. C. Sáinz de Robles: *Ensayo de un diccionario de la Literatura*. Madrid, 1965, T. I.

ciones, tan conocedor de nuestros poetas, y concretamente de Berceo, en el Prólogo a su *Antología de poetas líricos castellanos* —la llamada *Historia de la poesía castellana*— avisa así al llegar a los poetas de clerecía: “La mayor parte de ellos no son líricos, sino narrativos, circunstancia ésta que casi los excluye del presente estudio, y nos mueve a relegarlos a la sección de lo épico. Pero algo hay que decir de algunos episodios de carácter lírico que hallamos en los poemas de Berceo y en el mismo Alejandro” (7).

Es verdad que los mismos literatos de inspiración o de profesión, los mismos nombres que hace poco cité, utilizan los términos “poesía”, “lírica”, “verso” como sinónimos relativos, cuando no se precisa distinción exacta; así lo hace el hombre de la calle; pero siempre reduciendo el campo de “poesía” al de “lírica”, y haciendo ésta sinónima de “versos”. En este sentido llamamos poetas a los líricos de un modo antonomástico, y hablamos de “las poesías” de tal o cual escritor, refiriéndonos a sus composiciones en verso, comúnmente líricas; pero nunca al revés; no se llama poeta lírico a un dramaturgo, aunque escriba sus piezas teatrales en verso (lo más se *apellidará* a su producción “lírica”: teatro *líricos*, ni a un narrador, aunque utilice esa misma forma de elocución.

Por eso, concluyo que es inadecuado el epíteto de “lírico” como sustantivo de Berceo; la mayoría de su producción (biografías, milagros, martirio de San Lorenzo, signos del Juicio Final) que es lo de mayor acierto poético, pertenece a la narrativa (narración de hechos objetivos, conocidos o imaginados) del poeta; del gran poeta, el primero de nuestra literatura, el llamado maestro Gonzalo de Berceo.

Me atrevería a sugerir que una entidad con recursos e interés por el tema emilianense y berciano, preparase una edición adecuada, digna del contenido artísticoliterario de este folleto. La corrección histórica y literaria correría a cargo del mismo P. Joaquín Peña, quien ya ha mostrado deseo de realizarlo; pero otorgar a la parte gráfica la amplitud y exactitud y belleza que la litografía y arte de la imprenta han conseguido en nuestros tiempos, pertenece a un mecenas o a un ente cultural interesado y preparado para ello.

El arte, la literatura, la Rioja, el pueblo de Berceo, el monasterio de Yuso y cuantos cuentan con un mínimo de desarrollo cultural, lo agradecerán. La investigación habrá dado otro paso, la cultura contará con un “vaso de bon vino” más para su paladar universal.

(7) M. y Pelayo. *Ibid.* Pág. 170.

